

Óscar Perea Rodríguez, *Estudio biográfico sobre los poetas del "Cancionero General"*, CSIC (Anejos de la Revista de Filología Española, 98), Madrid, 2007, 324 pp.

El investigador español Óscar Perea Rodríguez acaba de publicar un interesante estudio biográfico de algunos de los poetas del *Cancionero General* de Hernando del Castillo (ediciones valencianas de los años 1511 y 1514). En él, gracias a su formación de historiador, trata de identificar una quincena de autores, ubicándolos en su entorno histórico, geográfico y literario, y de reconstruir sus biografías no sólo a través de crónicas y nobiliarios de la época sino también a través de documentos de archivos privados de tipo económico y notarial.

Siguiendo la metodología usada por el profesor Vicenç Beltran, desde sus estudios pioneros hasta los más recientes, Óscar Perea, con la misma "minuciosa laboriosidad y corrección modélica" de su maestro (p. 12), intenta aclarar y corregir erróneas atribuciones (de las que el mismo Castillo habla en el prólogo del CG) o aproximarse a casos de difícil identificación de poetas, algunos de ellos hasta hoy prácticamente desconocidos. Otras veces enfrenta el problema de la falta de sistematización en cuanto a cómo se nombran los autores en el *Cancionero*, sea con el solo apellido, sea con apodos, lo cual muchas veces complica la identificación.

Aunque el estudio de Perea Rodríguez se concentra sólo en una quincena de poetas, el mismo autor afirma que "en casi todas las ocasiones es necesario identificar a varios para llegar a concretar quién es cada uno" (p. 17), como por ejemplo ocurre en el caso de Juan Enríquez (pp. 167-182), autor de la invención del "camaleón" "Ved qué desventura tiene" (ID 0925, *Cancionero General* 1511, f. 140), que había sido identificado por Dutton como uno de los hijos del almirante Alonso Enríquez, nacido en 1395. Esta identificación es, según Perea Rodríguez, poco probable, ya que el Juan Enríquez del que habla Dutton no pudo haber participado en 1487 en la campaña malagueña debido a su edad y porque también sería demasiado anciano en comparación con los que participaron en esta primera serie de invenciones (Antonio Franco, el Rey Católico, Álvaro de Luna, Diego López de Haro, etc...). Por eso el estudioso cree que se trata de Juan Enríquez *el Mozo*, hijo de García Enríquez, que participó, según la crónica de Hernando del Pulgar, en la campaña malagueña. De paso, a través del cotejo de otras fuentes manuscritas y del estudio comparativo de las biografías de los poetas que aparecen en esa misma sección, Perea Rodríguez identifica también al enigmático "don Enrique" como Enrique Enríquez, tío de Fernando el Católico, que luchó en la Guerra de Granada entre 1481 y 1486 y al que Fernández de Oviedo dedicó una amplia biografía.

En otros casos, como el de Diego de Castilla (pp. 27-39), el brillante historiador demuestra cómo el estudio del contorno histórico de la época, junto con las coordenadas biográficas de personajes mencionados a veces en otros poemas, ayudan a la misma crítica textual. De hecho, por un lado se confirma la identificación ya propuesta por Dutton de Diego de Castilla, señor de Herrera de Valdecañas e hijo de don Sancho de Castilla, ayo del príncipe don Juan, como el autor de la canción “¿Dónde estás, que no te veo?” (ID 0669), anónima en el CG pero puesta en boca del caballero en el *Infierno de Amor* (ID 0662) de Garci Sánchez de Badajoz. Por otro lado, esta misma identidad lleva al historiador a aclarar, gracias al estudio de la biografía del citado caballero, un problema de crítica textual presente en la obra de Garci Sánchez: el desorden de las estrofas 28-29 y 30,¹ dedicadas a Diego de Castilla, Antonio de Velasco y a su hermano Sancho. Y es que el cambio de lugar de dichas estrofas aparece confirmado por el hecho de que Antonio de Velasco no tuvo ningún hermano llamado Sancho, sino que se trataría de don Sancho de Castilla, hermano de Diego.

Otra muestra de identificación incierta, que el estudioso confirma con sus investigaciones minuciosas, es la de Hernando del Castillo (pp. 41-51), editor del *Cancionero*, que, en su opinión, coincidiría con el poeta del CG nombrado en el epígrafe de un poema simplemente como “Castillo”.

Diferente es el caso del ilustre Comendador Escrivá (pp. 183-205), quien, según Perea Rodríguez, podría ser Joam Ram Escrivá hijo y no padre (como se solía pensar anteriormente) debido a una serie de razones históricas y cronológicas: por ejemplo, la fecha de la muerte de Joam Ram Escrivá hijo, que sería próxima a la de otros jóvenes poetas del *Cancionero* y que haría pensar en una edad similar y unas vivencias paralelas de los autores de las preguntas y respuestas cruzadas.

El historiador también se aproxima a un caso difícil y complejo como es el del “condestable de Castilla” (pp. 75-96), autor de la invención de los “penachos” “Saquelas del corazón” (ID 0929, *Cancionero General*, f. 141), que aparece en la primera parte de “invenciones y letras” a las que responde en versos Pedro de Cartagena. La ambigüedad del título nobiliario había llevado a los investigadores a plantear varias hipótesis atributivas (Lucas de Iranzo, Álvaro de Luna o el *Buen Conde de Haro* Pedro Fernández de Velasco –que nunca fue condestable de Castilla). Pero gracias a que el “Rey nuestro señor”, mencionado en esa sección de invenciones, se ha asociado con la figura de Fernando el Católico, el título de condestable de Castilla

¹ Cf. I. Macpherson, “The admiral of Castile and Antonio de Velasco: *cancionero* cousins”, en *Medieval and Renaissance Studies in Honour of Robert Brian Tate*, eds. I. Michael y R. A. Cardwell, The Dolphin Book Co., Oxford, 1986, pp. 95-107.

tiene que recaer, según Perea Rodríguez, sobre el hijo del *Buen Conde de Haro*, también llamado Pedro Fernández de Velasco.

Otras veces el estudioso se plantea el porqué de algunas identificaciones dada la escasez de documentos que las prueben, como en el caso de otro Castillo, Diego, identificado como Diego Enríquez del Castillo (pp. 53-61), cronista de la época y autor de una traducción del italiano del tratado *De re militari* de Paris de Puteo, identificación hasta hoy dudosa ya que no hay pruebas de una posible estancia en Italia (lo cual justificaría un buen conocimiento de la lengua italiana).

Por último, hay que destacar el estudio de algunas biografías casi “novelescas”, donde la realidad parece superar la ficción, como sucede con Rodrigo Díaz de Vivar y Mendoza, conocido como el Marqués de Cenete (pp. 63-74), del que Perea Rodríguez reconstruye la biografía y los amores conflictivos que tuvo con doña María de Fonseca. También cabe mencionar el caso de la única figura femenina a la que el historiador dedica unas páginas, la marquesa de Crotone, doña Leonor de Centelles (pp. 97-108), dama de extraordinaria belleza mencionada en un romance noticiero de Juan del Encina. Gracias a las noticias sacadas de las crónicas, de los nobiliarios de la época y de algunos documentos de pago sabemos que se casó dos veces, la primera con Luis Cornell y la segunda con el marqués de Crotone Antonio de Centelles, y que tuvo varios pretendientes como Felipe de Aragón, que hasta llegó a matar a su rival amoroso Juan de Valterra. Perea Rodríguez también deja abierta la hipótesis que se trate de la misma marquesa a la que el poeta Francisco Moner (1462-1491) dedicó dos escritos y por la que se metió a fraile, lo cual “aumentaría la fama de nuestra marquesa de Crotone como la *belle dame sans merci* tópica en la literatura amorosa de la Baja Edad Media” (p. 105).

En la última parte del trabajo el historiador brinda al lector dos Apéndices en los que “se recoge la mayor parte cuantificable de los datos cosechados en la investigación” (p. 17). El Apéndice I (“Tabla de los poetas presentes en el *Cancionero General*”) es un esquema en orden alfabético de todos los poetas presentes en el CG (ediciones de 1511 y de 1514) en el que señala con una cruz si aparecen mencionados en las tablas iniciales y su eventual presencia activa en los *Cancioneros* mismos. Perea Rodríguez mantiene la grafía de la tabla de autores, poniendo eventualmente en notas aclaraciones o correcciones. En cambio, el Apéndice II (“Distribución de los poetas por cortes literarias”) nos da información sobre las cortes literarias a la que perteneció cada poeta. El historiador enriquece el esquema de interesantes notas a pie de página explicando las razones de sus conjeturas o remitiendo al estudio en el caso de autores ya tratados a fondo.

Además de ser una lectura agradable y amena, el trabajo de Perea Rodríguez es una prueba de cómo los estudiosos de cancioneros no pueden

prescindir del entorno temporal y geográfico de los poetas, limitándose a la mera presentación formal de los textos; como él mismo explica, “el correcto análisis del entorno histórico en que se desarrolló la obra de un poeta determinado, además del conocimiento del devenir biográfico de ese mismo trovador, es un factor que podría abrir nuevas y gratificantes perspectivas para la interpretación textual” (p. 14).

Asimismo, el historiador abre las puertas a investigaciones futuras mostrando un claro ejemplo de metodología y de posible aproximación a casos de biografías inciertas o de dudosas atribuciones, siendo, sin duda alguna, un instrumento de gran utilidad para la comunidad académica interesada en el estudio de los poetas cancioneriles castellanos de los siglos XVI y XVII.

Francesca De Santis
Pennsylvania State University